

## Aquellos largos veranos

Juan Morales Larrubia

Nací en Linares en 1953, en la calle Padilla nº 7, esquina con la calle Jaén, frente a La Molina.

Me contaban mis padres que con dos años me fui solo, sin pedir permiso, obviamente, a visitar a mi abuela materna en la calle Serrallo. Fue el primer atisbo de aventura y libertad de la que pude disfrutar en mi niñez.



*Mis primeros ocho meses. Fuente: propia*

Los primeros recuerdos me vienen del verano de 1956, cuando mi madre me apuntó a una "guardería" en la calle de la Rosa. Un patio con macetas y parra donde dos mujeres jóvenes disponían de pequeños bancos, para acoger a una docena de chavalines con el ánimo de enseñarles las primeras letras y números. Allí estaba yo, dibujando palotes en un pizarrín (tableta digital de entonces) junto a Estefanía, una chiquita preciosa que me

encandiló. Aún me sorprendo por la precocidad de aquella tierna atracción.

El verano siguiente asistí al colegio particular de Dña. María, en la calle D. Luis. Igualmente se trataba de un patio con plantas, pero ahora una señora mayor y severa pretendía enseñarnos a leer en la Primera Cartilla y a escribir en un cuaderno de dos rayas con el lápiz de caña india y el auxilio de la goma, cómo no. Mi experiencia fue algo traumática; por primera vez sentí el agobio y el rechazo a una disciplina, tal vez inadecuada a esa edad.



*En la feria, con dos años y medio. Fuente: propia*

Más tarde, con 5 años, ingresé en el Colegio Nacional La Victoria de la calle Jaén, donde cada cuatro alumnos compartíamos una mesa cuadrada, pintada de azul y con tintero empotrado en el centro; los bolígrafos aún no eran habituales. Los chicos estábamos separados de las niñas, como no podía ser de otra manera, según la mentalidad nacional católica. En cualquier caso, desde entonces se acabaron los parvularios estivales.



*En el año 1961. Fuente: propia*

La mañana de los domingos me la dedicaba mi padre. Cogido de la mano me daba grandes paseos y así descubrí la ermita de la virgen de Linarejos, los

trenes en la estación de Madrid o el parque de deportes de San José, con aquella peculiar puerta de arco parabólico escoltada por la estatua de un atleta lanzando peso, aquel impresionante gimnasio o aquella terraza junto a la piscina, donde observaba a los bañistas lanzarse desde el trampolín.

Sin embargo, tras el destete, los niños buscábamos la libertad de la calle como las tortugas buscan el mar al salir del cascarón. La calle era el lugar donde los chiquillos compartíamos diversidad de juegos al aire libre, donde aprendíamos a comunicar, a discutir (a veces violentamente) y a socializarnos, acatando normas y respetándonos como iguales.

El primer entretenimiento que disfruté fue muy elemental, casi primitivo diría, se trataba de extraer arena de distintos colores rasgando las piedras que conformaban el muro del entonces solar de la calle Padilla, aquel que veía desde el balcón de casa, que conocí siendo aserradero y que,



*El triste de la fila de abajo, 3º por la izquierda. Colegio de La Victoria. Fuente: propia*

después de arder, se convirtiera en una marmolería. A veces, para adquirir nuestros preciados colorantes, teníamos que apartarnos de la acera dejando paso a los niños mayores que rodaban cuesta abajo sus patines, fabricados por ellos mismos con maderas, tornillos y rodamientos de bolas.

Era difícil ver un coche; por tanto, los ruidos de entonces eran los provocados por la chiquillería; por las voces de reclamo del lechero, que ofrecía su producto a granel en cántaras portadas por un burro; por el panadero, que acudía con un carro de pedales; o por el afilador, con su inconfundible flauta.

Practicábamos una gran variedad de juegos: el aro, la gallinita ciega, el escondite, la lata, la pita, la lima, la trompa, los bolines o el brutal "espoli", donde los niños se ofrecían encorvados para ser saltados por otros con patada incluida en el trasero. Muchos de ellos, probablemente de origen romano, podemos verlos representados por Brueghel el Viejo en el siglo XVI. Hoy están prácticamente extinguidos. Tal vez hayamos sido los últimos en disfrutar de esa lúdica cultura infantil.

La calle Padilla era un auténtico casino. Nos jugábamos los cromos de las distintas colecciones que surgían. Para ello, los niños nos sentábamos formando corrillos sobre la acera donde uno se erigía como banca (crupier) a quien llamábamos "mama". La tarea de la "mama" era barajar su fajo de estampas antes de distribuir las en el suelo en tantos montones como niños participaran. Cada chico elegía un montón y apostaba los cromos que estimase convenientes. Después, se levantaban los montones quedando al descubierto los números de las estampas inferiores, que permitían ganar a aquellos que hubieran superado al de la banca.

Pero si había un juego de verano por excelencia ese era el de los "platillos", los tapones de chapa de las cervezas y refrescos. Consistía en lanzar e introducir, los platillos acordados, en un agujero del empedrado de la calle, desde una distancia determinada. El que más metía ganaba y se llevaba todos. Era importante la destreza en el lanzamiento, pero lo interesante fue el mercado de valores y transacciones que inventamos y practicábamos alrededor



"Juego de niños". Pieter Brueghel. 1560

de este juego. Cada uno teníamos una caja de zapatos repleta de platillos y, a la hora de jugarlos, sabíamos que unos eran más raros y difíciles de encontrar que otros. Por tanto, de una manera intuitiva descubrimos cómo se establecen los precios; llamábamos “feos” a los platillos muy vistos, que descartábamos por su ausencia de valor, como los de las cervezas Alcázar, CruzCampo o Mahou; y denominábamos “bonitos” a los menos comunes, para los que establecimos un baremo de intercambio. Adoptamos el Kas como unidad, El tapón de la cerveza San Miguel (la espiga) equivalía a 2 unidades, el Citrania se cambiaba por 3 Kas, el Dux valía 4...

La calle también era compartida por las chicas que, por separado, solían jugar a la comba dando saltos mientras quedaban circundadas por una cuerda que hacían girar dos compañeras o a la “chángana” exhibiendo la habilidad de saltar sobre un pie mientras empujaban con el mismo una piedra entre los límites de unos cuadrados dibujados previamente sobre la acera.

Tal vez, los niños y las niñas teníamos un único entretenimiento común: la cría de gusanos de seda. Era habitual enseñarnos nuestras respectivas cajas de cartón, agujereadas para dejar pasar el aire una vez cerradas, con una serie de gusanos blancos alimentándose de hojas de morera hasta que se envolvían en seda formando capullos de los que saldrían más tarde convertidos en mariposas, repugnantes, por cierto.

El fútbol lo practicábamos en la calle Jaén; teníamos por porterías el espacio entre aquellos pequeños árboles (aligustres) y las paredes de los edificios. Solo había que estar pendiente del paso de algunos vehículos, incluido el infalible coche

fúnebre de caballos camino del cementerio, y también de Isidoro, el guardia municipal que siempre vimos de lejos, porque huíamos de él hacia las Cambroneras para evitar perder la pelota. También jugábamos en las eras, que existían antes de que el hospital de San Agustín las ocupara, y en el campo de La Redonda, ubicado donde hoy se erige el monumento al minero.

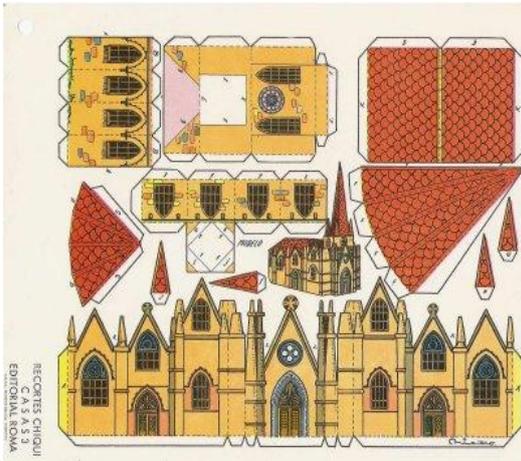


Fotogramas de películas. Fuente: propia

El cine y los tebeos nos daban ideas para jugar. Recuerdo cómo los niños, ilusionados, hacíamos cola para acceder al Cine España y ocupar las gradas aún calientes por el sol, donde esperábamos, contemplando las salamanquesas correteando sobre la pantalla, el inicio de la proyección con el ineludible No-Do previo a la película. También era habitual leer, sentados en el bordillo de la acera, los ejemplares de “El Capitán Trueno” o “El Jabato” que nos alquilaba Fina, la del quiosco situado en la esquina de la Casa de la Munición.

Me gustaba construir castillos de papel recortable. Después de aplicar las tijeras y doblar las esquinas y pestañas, pegaba éstas con pasta de harina mojada (pegamento ecológico, muy habitual por entonces), obteniendo unos resultados casi mágicos. Pero eran los fotogramas de celuloide, aquellos restos de películas recortadas que

contemplábamos absortos en un visor de plástico, los que colmaba mis fantasías.



*Juegos de recortables de la época. Fuente: propia*

La tele empezaba entonces, tal vez tendría unos nueve años, cuando la descubrí en el salón de un bar vecino, donde por una peseta nos permitían pasar la tarde del domingo viendo Bonanza y dibujos animados. Cómo no íbamos a imitar a los héroes del Oeste o a los espadachines de diferentes épocas. Teníamos revólveres y rifles de juguete que nos servían para jugar a “¡Alto!”, que era la voz que dábamos cuando sorprendíamos a los chicos del bando contrario, o viceversa, antes de finalizar el desafío amistoso. Solíamos fabricar espadas, escudos y los peligrosos arcos con flechas para simular combates; y también buscábamos escenarios de película en las canteras del tejatón situado en la prolongación de la calle Jaén y en diferentes charcas, como la que había junto a las piedras de Tobaruela, donde saboreábamos el frescor y el olor de la frondosa vegetación entre juncos y aneas. Al final guerreábamos poco, nos dedicábamos a coger ranas y a perseguir lagartos.

A veces nos alejábamos más de la cuenta, como cuando se nos ocurrió ir a la estación de Baeza (a pie, nada de tranvía) para ver el río y el paso de los trenes. Volvimos exhaustos y deshi-

dratados, pero nos sirvió de lección: ya no hicimos caso a la propuesta de aquel niño ocurrente que sugirió ir a Bailén, andando naturalmente, para ver el desfile militar que conmemoraba el aniversario de la famosa batalla. “¡Detrás de aquel cerro!”, decía, orientándose con las hileras de eucaliptos que abrazaban el inicio de la carretera.

Pero había mucho más en aquellos veranos de botijo y sandía envuelta con trapo mojado como refrigerante. Las fiestas eran los eventos ilusionantes que nos hacían contar los días. Empezábamos con el Corpus y la juncia, aquella hierba olorosa que se extendía por las calles y que nos servía para elaborar látigos trenzados después del paso de la procesión. Seguidamente, la verbena de San Juan, que se organizaba en una pequeña zona entre el Lugarillo, la calle Serrallo y parte de las calles La Virgen y El Agua. Se iluminaba con luces de colores y con los efímeros y deseados farolitos esféricos y banderolas de papel.

A principios de agosto se organizaba el llamado Jubileo, un mercadillo de cerámica que se asentaba en el lateral del paseo, junto a Destilerías Romar. Allí vendían campanitas, huchas y aquellas figuras taurinas (toreros, banderilleros, picadores, toro...) policromadas y con silbato incorporado que contribuían a la afición por el toreo. Así que también tenía mi muleta y estoque de madera para dar naturales de salón. La afición al toro se palpaba en el ambiente. Aquel maletilla, Platanito, pernoctando en la puerta de la plaza de toros pidiendo una oportunidad, el prestigio de los toreros locales, sobre todo de Fuentes y Palomo, y la difusión por la radio EAJ37, influían notablemente en el entusiasmo colectivo. De todas maneras, la incipiente vocación se fue

pronto al traste cuando mi abuelo me llevó a ver un desencajonamiento: la exhibición de los toros de lidia para la feria que en la plaza eran liberados desde sus cajas sobre camiones y, posteriormente, conducidos a los corrales con ayuda de los cabestros. Me asusté, eran demasiado grandes y poderosos, y sobre todo temblé sujetando la cadena de la primera fila del tendido cuando uno de ellos se acercó y me miró fijamente.

La feria de San Agustín era lo más grande. Disfrutábamos la víspera, cuando los laterales del paseo eran ocupados por innumerables casetas de turrónes o juguetes; de tómbolas, de bares con pinchitos o de atracciones de competición, como aquellas carreras de caballos o camellos de juguete que se movían según el recorrido de una bola que reiteradamente impulsaba el concursante, después de que salvara obstáculos por el interior de su consola particular. La zona destinada a columpios despertaba mayor interés.

Queríamos saber si estaban todos los conocidos y, en caso de novedad, qué movimientos ofrecía el “cacharro” innovador; como sucediera con el Badén el año que debutó, aquellas vagonetas que subían y bajaban por dos planos inclinados en forma de V con aceleraciones de escalofrío. Pero, sobre todo, estábamos pendientes de recoger los limitados bonos de ocho pases para los carruseles que el Ayuntamiento ofrecía de balde. Conseguíamos el programa de festejos y aguardábamos impacientes el inicio de las fiestas con la cabalgata de gigantes y cabezudos a las 7 de la tarde de los 27 de agosto; no porque nos gustara ser fustigados por unos cabezones trotadores, sino por competir con los demás niños en conseguir las varillas de los cohetes que caían después de la explosión y que se convertían en un auténtico trofeo.

Por las mañanas, la panda de amiguitos solíamos curiosear por la feria: intentábamos ver a los animales del circo después de haber inspecciona-



*Feria de Linares. Año 1950. Fuente: Colección AFAL. AHML*

-do la feria del ganado, explorábamos las atracciones mecánicas, veíamos la carrera de ciclistas o la de camareros portando vasos llenos de agua sobre bandejas y volvíamos a casa buscando platillos “bonitos” en los bares del ferial. Las tardes o ya casi noches (aún no se cambiaban los horarios y a las 9 oscurecía) eran para salir en familia. Vestidos de limpio cumplíamos con el ritual: paseo bullicioso y ensordecedor donde los padres saludaban a conocidos mientras yo, cuidando de los hermanos pequeños, aguardaba la oportunidad de conseguir un junco envuelto por un voluminoso algodón dulce. A veces, después de la visita obligada a los carruseles, terminábamos tomando algunas raciones en algún bar o en aquella populosa caseta de baile en el recinto de la estación. La feria terminaba con la charlotada, con aquel espectáculo de “El Bombero Torero” que pretendía ser cómico y que yo contemplaba como una temeridad. En cualquier caso, la vuelta a casa suponía un bajón anímico, a veces hasta las inclemencias del tiempo contribuían a ello; recuerdo noches de 1 de septiembre ventosas, con los árboles agitados, las luces de colores bamboleantes y los feriantes apresurándose en la recogida de sus tenderetes. Parecía como si se acabara el verano de la noche a la mañana, cuando aún tendríamos la prórroga del veranillo del membrillo antes o durante el inicio del curso escolar.

Poco después de que cumpliera los 11 años nos mudamos de casa. Mi padre adquirió un pisito en la Senda de la Moza, en el primer edificio que se construyera en aquella incipiente barriada. Recuerdo las calles sin asfaltar y cómo la greda mojada por la lluvia se adhería al calzado. Pero todo lo demás fue muy bien: habíamos dado un salto importante en calidad de vida. Es

verdad que me quedé sin amigos, pero fue fácil encontrar a nuevos con una pelota en el entonces cercano parque de San José, donde el juego terminaba cuando anochecía independientemente de la hora de inicio.



*Polideportivo S. José. Año 1955. Fuente: Colección AFAL AHML.*

Más tarde descubriríamos los partidos nocturnos con las farolas en la glorieta de América, al final del Paseo, entre el surtidor con luces de colores cambiantes y la curva derecha junto al muro de contención.

Empezaron de nuevo las clases particulares hasta que ingresé en la Sagrada Familia para cursar Iniciación Industrial. La SAFA era lo más parecido a un cuartel, en el mejor de los sentidos. En el patio, tras oír un silbato, los chicos nos apresurábamos a formar, marcando las distancias dentro de cada grupo para dirigirnos inmediatamente a las aulas en fila y en silencio.

Nos evaluaban mensualmente y mis comienzos fueron catastróficos: de 4 ó 5 suspensos. No estudiaba y prestaba poca atención en clase. Bueno, me aprendí de memoria el “Catecismo” (libro de religión que había que digerir sin contemplaciones) porque, si fallaba en las respuestas, el profesor citaba a mis padres, y eso me acongojaba. En el 2º trimestre, la dirección del centro determinó que los alumnos que tuvieran dos o más suspensos tenían



*Paseo de Linarejos. Año 1955. Fuente: Colección AFAL. AHML*

que quedarse a estudiar, durante los días lectivos del mes siguiente, de 6 a 8 de la tarde, después de las clases reglamentarias. Recuerdo una enorme sala donde nos confinaban a unos 60 alumnos; sólo había un profesor o el cura, pero era suficiente: no se oía una mosca. Sabíamos que una falta de respeto o alboroto supondría, como castigo, quedarte callado en un aula la mañana del domingo posterior, después de la obligada misa en la capilla del colegio. Al que no le gustara podía marcharse.

Para mí, y para muchos de mis compañeros, fue suficiente con un mes de estudio por la tarde; descubrimos que dos horas en silencio eran aburridísimas si no las empleábamos en abrir los libros y realizar las tareas. Aprendí a trabajar en casa y ya sólo suspendía la imposible lengua, aunque debo decir que me alzaron la autoestima otorgándome un diploma por mis habilidades con el dibujo lineal.

Con mis nuevas amistades tenía que descubrir nuevos territorios. En reiteradas ocasiones visitamos el castillo de La Malena; jugábamos en las cuevas junto al derruido torreón y bebíamos agua de un manantial rematado con antigua obra de fábrica en la misma ladera de la colina, en un lateral del viejo camino de acceso.

Visitamos Cristo del Valle porque queríamos ver peces de colores en unas charcas cercanas a viejos lavaderos de mineral. Y también nos dimos la gran caminata siguiendo la vía del tren hacia Vadollano, para continuar por una carretera recta y estrecha hasta el Piélagos: lugar paradisíaco lleno de vegetación, donde un arroyo caudaloso se estrechaba entre grandes rocas erosionadas formando pozas profundas.

De todas maneras, los cambios de la adolescencia alteraron mis aficiones. Casi de repente, empecé a interesarme por la música pop. Tarareaba incesante-

-mente canciones del Dúo Dinámico o Los Brincos poniendo a prueba la paciencia de mis amistades. Me encantaba frecuentar, cuando reunía dinero, los cercanos cines de la Plaza de Toros y el coqueto Roselli. Ya me gustaba pasear y charlar sosegadamente con los amigos mientras nos fijábamos en la salud desbordante de las nenas.

De todos los juegos que practicaba quedó el fútbol y una historia romántica casualmente vinculada a él. Jugábamos un partidillo, por la mañana, en nuestro particular campo de la Glorieta de América; acababa de ceder la pelota desde un extremo, cerca de la fuente central, cuando me topo de cara con una chica espectacular; iba sola con un vestido de ceremonia, tal vez fuera a una comunión. "Hola Estefanía" le dije espontáneamente después de reconocer su rostro. "¿Me conoces?", me preguntó con una suave sonrisa y unos ojos que me dejaron paralizado. "¿De qué me conoces?", insistió. Y no respondí, le devolví la sonrisa y salí corriendo tras un balón que tenía a mi alcance. No supe reaccionar, la timidez e inmadurez me hicieron perder la oportunidad de decirle: Me acuerdo de tu nombre porque me enamoré de ti en el jardín de

infancia.

No sabía aún que ese iba a ser mi último verano en Linares. El día 6 de octubre de 1967 ingresé en la Universidad Laboral de Córdoba, donde me aguardaban siete cursos: lo mejor que pudo sucederme. Después de Navidad mi familia se trasladó a La Carolina.

Me gustaría dedicar esta narración biográfica-costumbrista a mis amigos y compañeros de entonces, que me atrevo a citar aún a sabiendas de que la memoria se queda corta: Aurelio Lillo, Antonio Molina, Joaquín "Peiró", Paco Plaza, Risueño, Serrano, Sepúlveda, Salcedo, Mena, Torrecillas, Troyano, Cano, Prieto, Biedma, Romera, Rojas, Martín, Parrilla, Molada, Demedio, Pepe Cruz, Rafael Vega... y ella.

Ha sido un ejercicio entrañable recuperar aquellas vivencias. He podido sentir, desde la perspectiva de aquel niño, los colores, los sonidos e incluso los olores de aquellas calles y campos circundantes. Se me quedó la impronta, que ha conformado mi carácter, y el apego a Linares y a mis paisanos ■